

PRÓLOGO AL LIBRO VEINTE Y UNO



EL AMAR EL HOMBRE A OTRO, en ninguna cosa tanto se muestra (cristiano lector) como en dar por él su vida; según la misma verdad lo pronunció por su boca, diciendo:¹ ninguno tiene mayor caridad que aquel que pone su vida por sus amigos. Y esto es lo más que puede hacer uno por otro; porque naturalmente ninguna cosa hay más amada, ni tanto como la propia vida, según está escrito en el *Libro de Job*.² Cuanto tiene dará el hombre por guardar y conservar su vida; y ninguna cosa más teme que la muerte que de todos los trabajos es el más horrible y terrible. Y conforme a esto aquél ama más a Dios que lo que más quiere, que es la vida, le ofrece por su amor y servicio. A esta causa bien se concluye que el martirio es la obra de mayor amor de Dios que puede ser y es acto perfectísimo, y el mayor servicio que a Dios podemos hacer. Mas si queremos extender este nombre de martirio a lo que lo extienden los santos doctores y maestros de la vida espiritual, que es a la mortificación de la carne y trabajos voluntarios padecidos por Dios, bien podemos decir que muchos padecen martirio sin muerte; y que todos los que de veras sirven a Dios son mártires; pues como dice un santo: la vida de un cristiano, según el Evangelio, cruz y martirio es.³ Y San Crisóstomo⁴ dice: martirio es abstenerse de pecar el hombre y ejercitarse en cumplir los mandamientos divinos. Sin hierro (dice San Gregorio) podemos ser mártires, si verdaderamente guardamos la paciencia en nuestro corazón. Y en otra parte dice: sufrir afrentas y amar al que nos aborrece martirio es oculto. La pobreza voluntaria dice San Bernárdo⁵ que es género de martirio. Pues si esto es así, mártires con razón se podrán llamar los que padecen trabajos voluntariamente por Cristo. Mártires son los que sirven a Dios, guardando sus santos mandamientos. Mártires los que andan desnudos y descalzos por Cristo. Mártires los que andan hambrientos, comiendo manjares viles y de éstos poco; más por sustentar la naturaleza que por satisfacer a la hambre; y ni más ni menos los sedientos y los perseguidos e infamados de los minis-

¹ Ioan. 15.

² Job. 2.

³ Clem. Alex. str. Lib. 4. Div. Greg. in Evang. Homil. 35.

⁴ Div. Ioan Chrisost. Homil. in Psal. 22 et Homil. in cap. 2. Ad Cor.

⁵ Div. Bern. in Festo Sanctorum, serm. 1 in fine. Idem. sup. Cant. Serm. 30.

tros de Satanás, por la justicia. De esta manera de martirio podemos decir que fueron mártires los santos varones cuyas vidas quedan arriba escritas en el libro pasado. Mas aquellos de quien queremos tratar en este último y presente no sólo fueron mártires, en esta forma, sino que añadiendo a sus ejemplares y apostólicas vidas lo que a todo lo demás excede, que es haberlas ofrecido y recibido la muerte, por la confesión y exaltación del nombre de nuestro salvador Jesucristo y de su santa fe, merecieron que con más propio título los podamos llamar mártires a boca llena. Y para advertencia de los que sabiendo poco han querido sentir que no es martirio este que estos santos hombres padecieron, quiero que lean lo que en el libro décimoquinto, en el capítulo treinta y dos, dejó dicho, donde me remito diciendo solamente en este lugar cómo la razón del martirio no sólo consiste en que sea *in odium fidei* (como allí dijimos) aborreciendo la fe de Jesucristo directamente, sino también todo acto de cualquier virtud y toda evitación de pecado, aunque sea venial (como sea por sola la fe de Jesucristo, y ordenada a este fin) y ésta es justa causa de martirio. Porque si sólo es en orden de defender una virtud moral, como es defender la borrachera que es vicio contra la virtud de la templanza, como no sea más de por defender esta virtud moral, aunque muera por ello, no será mártir. Pero si es en orden de las cosas de la fe y porque en prohibir este vicio consiste estorbar algún pecado cometido contra Dios y su fe, ésta será causa de martirio. Y a lo dicho añadido que tres causas son forzosas las del martirio. La primera es que al tormento recibido siga la muerte natural del cuerpo, que el que es atormentado, si en los tormentos no muere de muerte acelerada o dilatada, nacida de aquellos tormentos no se llamará mártir. La segunda que concurra causa de martirio, que es que sea por la defensión de la fe de Jesucristo o por la razón arriba dicha, en defensa de alguna virtud moral; no en cuanto virtud sólo sino en cuanto es por la fe de Jesucristo. La tercera, que el martirio sea voluntario; y esto lo enseña Santo Tomás⁶ en su segunda parte. Pues que estos benditos religiosos, hayan muerto de esta manera ¿quién lo dudará? Si no es que ya llega a tanto la ceguera y la pasión, ¿que éstas verdades parezcan sueño? Por el discurso de las vidas de todos se verá cómo el intento que tuvimos fue introducir la fe de Jesucristo en los corazones de aquellas gentes idólatras e infieles; y ellos, aunque la recibieron al principio, después la dejaban; porque por por ella se les prohibían muchas abominaciones y pecados que acostumbraban; y por no dejarlos aborrecían y querían mal a los ministros que se los estorbaban; los cuales no reparando en el daño que les podían hacer y les hacían, los exhortaban, amonestaban y reprehendían y les quitaban los dioses falsos que adoraban. Que hubiesen muerto de los tormentos causados por estos enemigos claro se ve, pues morían a sus manos, unos de rodillas y otros exhortándoles la ley de Dios y las cosas de su servicio. Que fuese voluntaria esta muerte, ¿quién lo negará? Pues ellos se ofrecían a ella y la andaban buscando con ansias y suspiros, no en orden sólo de

⁶ Div. Thom. 2. q. 124. art. 1.

morir, sino de morir, por la fe de Jesucristo, y por plantar su ley santísima, en las almas de aquellas gentes que no le conocían.

Una de las alabanzas que el esposo hace a la esposa, que es la iglesia, es decirle⁷ huerto cerrado y fuente sellada. Llámala huerto por la amenidad y frescura de plantas que en sí tiene, y cerrado por la guarda con que Dios le tiene, así de su divina providencia como de los ángeles, en cuya tutela la ha puesto y tantos pertrechos de prelados y ministros que la cercan y rodean; que es lo que nota David,⁸ diciendo: los montes están en su contorno y Dios en el circuito de su pueblo. Llámala fuente por la muchedumbre de aguas celestiales que de ella manan, con que están continuamente regando las almas de los fieles. De la cual fuente se entienden aquellas palabras de Isaías:⁹ sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador; y esotras que dicen:¹⁰ todos los sedientos venid a las aguas; porque si Cristo (según San Juan)¹¹ dice de todos los que reciben su gracia: el que bebiere del agua que yo diere se hará en él una fuente que siempre esté manando para la vida eterna; y en otra parte dice:¹² el que tiene sed véngase a mí y beba, y correrán de su vientre ríos caudales de agua viva. Luego bien se sigue que la iglesia es fuente que recibiendo de Cristo su santo esposo, como de mar de inmensas aguas de gracia, las del divino espíritu que las tendrá para repartirlas por sus fieles. De aquí nacen aquellas emisiones que luego prosigue el esposo, que son las plantas, como dice Almonacirio que nacen en este huerto soberano de la católica iglesia, que son los que renacen en ella por el sacramento del bautismo. Y luego dice que su hermosura es como la del granado; porque de la misma manera que en la granada, debajo de una corteza hay muchos granos encerrados; así, ni más ni menos, debajo de una misma fe y una religión cristiana y unos mismos sacramentos, hay muchos cristianos que por el bautismo de Cristo le imitan en la muerte, como testifica San Pablo¹³ diciendo: los que estamos bautizados en Cristo Jesús somos bautizados en su muerte. Pero Almonacirio es de parecer que este huerto cerrado, lleno de granados y otras plantas, sean aquellos enjambres o monasterios de monjes que en tiempo de San Marcos Evangelista florecieron en Palestina y en Alexandria; de los cuales Filón Judío¹⁴ y Josepho, con San Gerónimo,¹⁵ hacen memoria. Porque la vida monástica se compara muy propriamente al árbol de la granada; porque debajo de la corteza dura y amarga se comprehenden, por modo muy admirable, muchos granos puestos y asentados con grandísimo concierto de muy grande gusto y sabor. Tales son los monjes y los verdaderamente religiosos que debajo de la corteza dura y amarga de la penitencia, conservan los granos dulces de

⁷ Cant. Canticorum. 4.

⁸ Psal. 124.

⁹ Isai. 11.

¹⁰ Isai. 55.

¹¹ Ioan. 4.

¹² Ioan. 7.

¹³ Ad Rom. 6.

¹⁴ Phil. de vit. contemplativ. ser. de suplic. virt.

¹⁵ Div. Hier. de Script. Eccles.

la disciplina monástica, todos guardando entre sí suave gusto de orden y concierto.

Pues aquí debemos notar que así como los granos de la granada, a los principios son blancos, antes que lleguen a su última sazón, así son los religiosos en la vida monástica, haciendo disciplinas, ayunando y rezando y haciendo otros actos de virtud, con que maceran sus cuerpos, para que llegue el rocío de la gracia a madurarlos para el cielo. Pero siguiendo lo que otros dicen: estas granadas de este huerto celestial de la iglesia, son los mártires, significados por los granos colorados de la granada, que es el derramamiento de sangre que hacen por la confesión y predicación de la fe y doctrina de Jesucristo; pues estos granos son los que la iglesia nuestra madre ofrece a su esposo Jesucristo en las ocasiones que se le ofrecen; y aunque la iglesia es una no desde sus principios se introdujo en todas las partes del mundo, sino que poco a poco ha ido entrando en las tierras conforme los hombres las han ido descubriendo; y después que hizo asiento en estas partes de las Indias, no se contentó con ofrecer a Dios muchos que por sola confesión de fe, acompañada con el bautismo y buenas obras le ha enviado al cielo, sino que como huerto y jardín soberano suyo, donde tanta variedad de árboles de virtud hay plantados le ha ofrecido granadas de los granados del martirio, coloreados estos granados con la sangre que por Jesucristo derramaron; y éstos ha ofrecido a esta Nueva iglesia indiana, su humilde hija la orden de San Francisco para que conozca en este hecho el amor, con que la sirve y los ansiosos suspiros y deseos con que la ha amado; de los cuales el primero, que fue fray Juan Calero, lego, fue hijo suyo, tomado el hábito en el convento de San Francisco de Mexico, de esta provincia del Santo Evangelio; y si las madres se gozan en la prosperidad y buena ventura de sus hijos, campo tienes grande, madre mía y provincia santa, donde espaciarte para correr las carreras de tu dichosa alegría; pues uno de los hijos que engendraste no temiendo el cuchillo del tirano, se abalanzó a ofrecerle la vida por sólo ganar a Dios en su muerte; y si Cebola, mancebo romano, porque cuando le quisieron matar, metió el brazo en el fuego diciendo: *En tibi, ut sentias quam vile corpus sit iis qui magnam gloriam petunt*. Que estima en poco el cuerpo el que muere por la honra, cuanto de más estimación es este mancebo franciscano que no sólo ofrece el brazo al hierro, sino el corazón y el pecho a la flecha, para que por él abra puerta por donde le salga el alma, para irse volando al cielo. Pues si considero (madre mía) tu condición, bien sé de ella que no sólo no le estorbarías morir por Jesucristo, pues trajiste tus hijos de España a sólo fin de que por esta santa fe de Jesucristo muriesen; antes deseando su martirio como otra mujer macabea, animándolo le dirías sus mismas palabras que son éstas: hijo mío, ten misericordia de mí y advierte que te traje los meses del noviciado en mi vientre, y te di la leche de la religión con que en los principios de ella te criaste y te tengo puesto ya en edad madura y perfecta para que me honres; pídotte encarecidamente, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra y a todas las cosas que hay en ella y considera que todo esto lo hizo Dios de nada y al hombre con ello; por lo cual no temas el

cuchillo del tirano, mas con ánimo varonil de siervo de Dios recibe la muerte que ves delante; con esta exhortación, de consideración pía, le amonestó esta madre santa a este su obediente hijo, y animado de la gracia de Dios y confesando su fe santa recibió el martirio. Y porque este santo varón, con los demás que esta celosa madre y evangélica provincia le ha ofrecido, y de éstos fueron los varones evangélicos que se dicen en este libro haber sido muertos a manos de indios bárbaros que comúnmente de nuestros españoles son llamados chichimecas, será menester dar aquí noticia de la calidad, costumbres y religión de esta gente, demás de lo dicho de ellos en otra parte para que leyendo o oyendo el que fuere curioso este nombre de chichimeco, acuda a este lugar y entienda la significación del vocablo y conozca la rareza y fiereza, y vida bestial de los tales.

Chichimeca es nombre común entre nosotros los españoles y entre los indios cristianos, de unos indios infieles y bárbaros, que no teniendo asiento cierto (especialmente en verano) andan discurriendo de una parte en otra, no sabiendo qué son riquezas ni deleites ni contrato de policía humana. Traen los cuerpos del todo desnudos, duermen en la tierra desnuda aunque sea empantanada, con perpetua soledad. Sufren mortales fríos, nieves, calores, hambre y sed; y por éstas y otras cosas adversas que les sucedan no se entristecen. Comen carnes de venados, vaca, mulas, caballos, víboras y de otros animales ponzoñosos, y éstas (cuando más bien aderezadas) por lavar y medio crudas, despedazándolas con las manos, dientes y uñas, a manera de lebreles. Diferéncianse de los indios de paz y cristianos, en lengua, costumbres, fuerzas, ferocidad y disposición de cuerpo por la vida bestial en que se crían. Son dispuestos, nervosos, fornidos y desbarbados, y en alguna manera pueden ser tenidos por monstruos de naturaleza, pues en sus costumbres son tan diferentes de hombres, cuanto su ingenio es casi semejante al de los brutos. No tienen reyes ni señores, mas entre sí mismos eligen capitanes o caudillos, grandes salteadores, con quien andan en manadas movedizas, partidas en cuadrillas. Tampoco tienen ley alguna ni religión concertada, aunque adoran y reverencian al demonio y con él comunican las cosas de la guerra, y cuando la respuesta les infunde ánimo y coraje se determinan y aventuran; y si cobardía dejan de dar la batalla, aunque más les favorezca la ocasión, cólera y apetito y certidumbre de la victoria. Sacrificanse ante ídolos de piedra y barro, sangrándose de las orejas y otras partes del cuerpo. De la religión cristiana tienen mucha noticia por los frailes menores (y no otros) que siempre andan entre ellos; y si alguno se convierte es con mucho trabajo y perseverancia de los ministros; y con todo esto no han sido pocos los que nuestros frailes han traído y reducido a hacer vida política, en poblaciones donde los han juntado y doctrinado y hecho cristianos, aunque este fruto ha costado las vidas de los que aquí se nombrarán y de algunos otros que no habrán venido a mi noticia.

Tienen estos chichimecas, entre sí, guerras civiles muy sangrientas y enemistades mortales, así nuevas como antiguas, heredadas de mano en mano de sus antepasados, y éstas por livianas ocasiones, porque los unos entra-

ron en tierras de los otros a cazar o coger alguna fruta; lo cual parece haber sido permisión o provisión divina, para conservación de los indios cristianos y de paz, que más se han conservado por la discordia de los chichimecas que por su valor y fuerzas; porque si los chichimecas se pudieran conformar y hacer a una para de mancomún hacerles guerra, cierta cosa es que no halláran en todos los indios de esta Nueva España resistencia; y aun los españoles, en días pasados les tuvieron harto temor porque llegaron a hacer saltos en pueblos, no muchas leguas de Mexico y no han sido pocos los que han muerto a sus manos. Pelean desnudos, embijados o untados con matices de diferentes colores, con solos arcos medidos a su estatura, labrados con pedernales de que también son las puntas de las flechas, que miradas en sí parecen frágiles y de menospreciar; porque son de caña y puestas en sus manos no hallan reparo; y así, metidos ellos y encendidos en la batalla, es cosa increíble como con espantable ferocidad menosprecian el resto de los que se les ponen delante, aunque sean hombres armados y de caballos encubertados. La certinidad, ánimo, destreza y facilidad con que juegan esta diabólica arma no se puede explicar. Son tan alentados, ligeros y sueltos en correr, que por maravilla los alcanzan los caballos. Muchos ejemplos se podían contar del estrago que han hecho en los españoles; pero basta uno solo que acaeció en tiempo que gobernaba el conde de Coruña o el marqués de Villa Manrique, cerca de un paso que llaman la Entrada de las Bocas, antes de Zacatecas donde, no muchos de los chichimecas desnudos, con solas sus flechas (como he dicho) de caña, dejaron muertos una capitania de más de cincuenta soldados, armados ellos y sus caballos a uso de guerra, con arcabuces y lanzas sin escapárseles uno sólo que llevase la nueva. Eran muchos los daños que cada año hacían en los tiempos pasados, matando españoles e indios cristianos y robando hacienda de mucho valor por el camino de Zacatecas y de otras minas de aquella comarca, y en estancias que hay muchas de ganado mayormente. Ha sido nuestro Señor servido que por medio de nuestros religiosos y diligencia de los virreyes hayan venido de paz de algunos años a esta parte pidiéndola ellos mismos de la suya. Y en esta buena obra no poco se les debe a los indios de la provincia de Tlaxcalla (demás de la obligación antigua de haberse, por medio de ellos, ganado esta tierra)¹⁶ porque dieron al virrey don Luis de Velasco el Segundo cuatrocientos vecinos, casados, con sus mujeres y hijos, para que fuesen a poblar, juntamente con los chichimecas que venían de paz, para con su comunicación y comercio se pusiesen en policía y en costumbres cristianas; y para ello se hicieron seis poblaciones con sus monasterios de frailes menores que los enseñen y doctrinen. Y aunque al principio, en la una población, algunos de ellos de diferente apellido se alzaron y mataron a los tlaxcaltecas, los de las otras poblaciones preciándose de más fieles castigaron a los delincuentes; y después acá están todos pacíficos. Éstas, pues, son las gentes a cuyas manos han muerto estos religiosos, cuyas vidas se ponen en este libro siguiente.

¹⁶ Lib. 2. cap. 82. et lib. 4. in prolog. et 67, 90 et seqq. L. 1.